

## EL MEJOR REMEDIO

Muy enojado por la ofensa, Martín se encaminaba al bosque, resuelto a que Juan le pagase por el atrevimiento. Llevaba un martillo, dos estacas y un trozo de alambre. ¿Adónde iba? ¿Qué se proponía hacer?

Sigámoslo para ver. Se dirige resuelto al centro del bosque. Escoge un lugar apropiado precisamente antes de una curva del sendero y, mirando que nadie lo vea, clava una estaca a la derecha y la otra a la izquierda del caminito.

Luego ata un extremo del alambre a unos diez o quince centímetros del suelo en una estaca, lo estira a la otra y ata el otro extremo a la segunda estaca, más o menos a la misma altura. El alambre queda bien tirante y, amarrado como está, no se aflojará con facilidad.

¿Qué ocurrencia la de tender una trampa así? Ese alambre escondido en la curva es capaz de hacer caer a cualquiera que pase y no lo vea. ¿Por qué hace eso Martín? ¿Es acaso un malvado?

Pero continuemos observando lo que sucede. Se oyen pasos, y antes de que Martín se pueda esconder aparece el tío Matías, un anciano que desde hace mucho vive en el pueblo donde todos lo conocen por ese nombre. Es un gran amigo de la juventud y conoce a todos los chicos del barrio. Se sorprendió cuando vio a Martín tratando de esconderse, y lo llamó.

-¡Hola, Martín! ¿Qué haces aquí? -¡Hola..., tío Matías!.. , --contestó Martín sin mucha animación. -¿Qué estás haciendo aquí hijo? ¿Te pasa algo? ¿Qué has hecho?

- Martín no respondió. No podía mirar al tío Matías en los ojos. El anciano lo toma de la mano y juntos caminan hacia la trampa de Martín. Cuando llegan a ella, el tío Matías la ve y dice:

-¡Quién habrá sido el malvado! ¿Sabes quién ha hecho esto, Martín?

Martín queda callado, baja la cabeza y se turba.

-Ya comprendo, ya comprendo -dice el anciano- Pero, ¿por qué lo has hecho, Martín? -Es, que... Juan... me robó una lanchita y se fue... al lago, y... se le perdió..., y no me puede conseguir otra para devolvérmela - contesta Martín entre sollozos.

¡Ah! Ya comprendo, ya comprendo. Ahora tú le quieres dar una lección, haciéndolo caer y que se dé un golpe.

-Sí, eso era lo que quería, tío Matías.

-¿No te parece que es una venganza muy ruin? ¿No te parece, Martín, que es peligroso hacer estas trampas? ¿No ves acaso que en ellas caen inocentes y culpables? Debes hacer algo que le duela solamente a él. Pero, que sea algo que le sirva como lección para la vida. Algo que le afecte tanto, que no lo olvide muy pronto.

-¿Qué?

-¿Realmente quieres saberlo? Mira que es muy difícil aplicar ese castigo.

-¡Sí, sí! ¡Dígame, no importa cuán difícil sea!

-Bueno, escucha. Lo primero que haces es quitar ese alambre de allí. Luego invitas a Juan a tu casa una tarde, y cuando llegue le pides a tu mamá un poco de limonada para los dos y lo convidas. Luego de refrescarse, lo invitas a pasar al tallercito de tu papá, pero antes le pides permiso a él, y entonces allí le ofreces que le enseñarás a hacer lanchitas a cambio de su ayuda. Antes que haya pasado la tarde, tendrán dos lanchitas hechas, mejores que la que se te perdió, y le habrás aplicado un castigo que no olvidará nunca. Tal vez no te parezca que es así, pero muchas veces el que le paguen a uno bien por mal duele más que otra clase de castigo en que se paga mal por mal. Y siempre es una satisfacción haber podido ganar otro amigo. ¿Lo vas a probar?

-Sí, tío Matías y sé que Ud. tiene razón, porque mi maestra dijo lo mismo hace unos días.

Y ahora que nosotros hemos oído el diálogo de tío y sobrino nos vamos para que no sepan que hemos estado espiándolos.